

# Cambiando las categorías morales en el discurso político: De la calle al espacio público en la Ciudad de México

Verónica Crossa<sup>1</sup>  
*CEDUA, El Colegio de México*

## Resumen

Este artículo analiza el crecimiento del concepto de espacio público en el discurso político urbano a partir del análisis de textos periodísticos de circulación nacional. El argumento central del artículo es que el creciente uso del concepto de espacio público forma parte intrínseca de un *modus operandi* basado en un modelo de capitalismo neoliberal que construye imaginarios de ciertos espacios y de ciertos grupos sociales. Dichos imaginarios penetran de manera muy tajante el imaginario colectivo produciendo así un sentido común que naturaliza la desigualdad y esconde las estructuras simbólicas más violentas de desigualdad, precariedad y pobreza.

**Palabras clave:** *Espacio público, textos periodísticos, imaginario colectivo, desigualdad.*

<sup>1</sup> Doctora en Geografía. Profesora-Investigadora en el Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales en el Colegio de México. Correo electrónico: [vcrossa@colmex.mx](mailto:vcrossa@colmex.mx)

## Abstract

This article explores the growth in the use of the concept of public space within urban political discourses. Through the analysis of a series of national newspapers in Mexico, the central argument is that the increasing use of the notion of public space is emblematic of the multiple ways in which neoliberal capitalism operates, by constructing particular normative visions of desired spaces, people, practices, and desired cities. These imaginaries frame and (re) shape our collective imaginaries and form a central part in the production of a common sense, which naturalizes inequality and hides the most violent symbolic structures of inequality, precariousness and poverty.

**Keywords:** *Public space, newspapers, collective imaginaries, inequality.*

## Introducción

El espacio público es de esos términos que se ha masificado y reproducido de manera exponencial en el discurso político en las últimas dos décadas. El espacio público es todo y nada a la vez. El concepto remite a espacios físicos, a formas de actuar, a actores específicos, a procesos de construcción colectiva, a un orden social, a un elemento central en el proceso de democratización, a lo abierto, a lo visible, a la discusión, a la opinión abierta y accesible, a lo político. En efecto, es un poquito de todo y a la vez termina siendo fácilmente revocable. En este trabajo no pretendo dar una definición concreta de lo que es el espacio público, porque creo que es un poquito de todo eso y su definición depende mucho del problema concreto que uno quiera estudiar. Lo que me interesa más bien es acercarme a entender cómo este concepto, este objeto, este fenómeno – en todas sus variaciones y dimensiones – ha penetrado el discurso político y la acción pública, siendo así objeto irrevocable de políticas urbanas que buscan cambiar la imagen de la ciudad, el estado y también de nuestra concepción de lo político y lo público. Lo que quiero argumentar en este artículo es que el espacio público, como concepto, y su creciente uso en el discurso político es bastante nuevo y esta novedad no es casual. Más bien forma parte intrínseca de un lenguaje neoliberal que reduce grandes problemas sociales a inconvenientes solucionables por medio de medidas técnicas. Y por proyecto neoliberal, me refiero no solamente a acciones político-económicas, sino también a un proyecto cultural, traducido en un cambio de lenguaje, incorporado en sistemas de valores, tradiciones, ideas, discursos, e intereses. Esta dimensión cultural penetra nuestro sentido común y que desemboca en juicios (morales) sobre aquellos que son más o menos merecedores de estar presentes y visibles en dichos espacios.

Para desarrollar este argumento, haré hincapié en un aspecto que me parece demostrativo para entender la neoliberalización de la cultura y economía-política urbana.

Examinaré el surgimiento de la idea de espacio público en la esfera pública en México a partir del análisis de una serie de textos periodísticos de circulación nacional producidos entre 1999 y 2010. Específicamente me concentro en el análisis de reportajes y artículos de opinión publicados en *El Universal*, *El Reforma* y *La Jornada*, tres periódicos que tienen un valor distinto entre públicos también diversos por las posiciones político-ideológicas que expresan a través de sus textos. En este análisis quiero analizar las transformaciones en el uso del lenguaje y los adjetivos calificativos adjudicados a ciertos espacios urbanos así como también a ciertas prácticas y actores sociales en dichos espacios. Como mostraré, el concepto de espacio público fue sutilmente reemplazando el concepto de calle, y dicha modificación no ha sido casual. Así, mientras que a la calle se le adjudican calificativos de desorden, violencia, deterioro, caos y peligro, el espacio público es utilizado sin mayores cuestionamientos para describir un esfuerzo por humanizar la vida urbana colectiva. Pero ojo, esta “nueva colectividad” merecedora de esfuerzos por mejorar la vida pública urbana a través de la regeneración de sus espacios públicos es una colectividad basada en una noción muy particular del sujeto individual perteneciente a dicha colectividad. Es una colectividad individualizada, abstracta, apolítica, y consumidora de lo estético. Mientras tanto, la colectividad de la calle es de otra índole. A ellos sí se les da identidad: son ambulantes, mendigos, franeleros. Son colectividades engañosas, mafiosas a quienes se les adjudica el calificativo de abusadores del orden público. Son colectividades sin mérito ciudadano, que no merecen atención porque son irracionales y sobre todo, son ilegales. Interrumpen el orden público, se manejan por medio de relaciones clientelares, intereses privados y prácticas anti-sociales. En cambio, las familias, los ciclistas y peatones, los vecinos, los adultos mayores, los niños, los discapacitados, los residentes, los paseantes, son colectividades más amables. Son colectividades merecedoras de la atención y de la intervención pública. A ellos sí hay que darles banquetas nuevas, iluminación, ciclistas, espa-

cios limpios. Esas son las colectividades del espacio público: los verdaderos ciudadanos urbanos.

Antes de entrar en materia de espacio público, permítanme hacer un breve paréntesis teórico para hablar respecto al concepto de neoliberalismo, sobre todo desde el punto simbólico-cultural.

## El neoliberalismo como proyecto moral

Se dice que el neoliberalismo está ya en todas partes (Peck y Tickell, 2002; Peck 2010a). Sin duda el neoliberalismo es un proceso, un proyecto que difícilmente se puede ignorar, sobre todo si se quiere entender una gran cantidad de los cambios vividos en las ciudades en las últimas cuatro décadas. Pero, ¿qué es el neoliberalismo? y ¿cómo se abordará dicho concepto en el análisis de los procesos micro-espaciales a nivel urbano? En términos generales, el neoliberalismo es una teoría y filosofía económica orientada hacia la construcción de un proyecto político basado en doctrinas del libre mercado. Tomando como modelo explicativo las ciencias exactas con bases epistemológicas positivistas, el neoliberalismo ubica, define y trata al mercado como un ente natural, una necesidad ineludible, y un mecanismo que existe por sí solo, independientemente de contextos socio-históricos (Escalante, 2015: 56). Dicho proyecto supone que el bienestar social se logra a través de la maximización de la libertad del mercado dentro de un contexto político-institucional que facilita la lógica de la propiedad privada, la libertad individual, el libre mercado y comercio (Harvey, 2007).

En el imaginario neoliberal, el acceso fácil y abierto a mercados es el contexto óptimo para lograr una mejor distribución de recursos y para estimular el crecimiento económico (Purcell, 2008: 13). Sin embargo, el neoliberalismo no únicamente establece los criterios por los cuales se debe regir una economía, sino que también se utiliza la misma lógica de mercado para el funcionamiento de lo político, a través del Estado. Como argumenta Purcell:

*La lógica del mercado y la disciplina competitiva debe ser fomentada en la economía y debe ser también extendida más allá de la economía, hacia las instituciones como el estado, las universidades, hospitales, escuelas y demás (Purcell, 2008: 13).*

Es por esto que el neoliberalismo ha sido estudiado como un proyecto económico-político, donde el papel del estado es decisivo para el cumplimiento del orden económico imaginado en el modelo neoliberal.

Como filosofía y proyecto económico-político el neoliberalismo ha sido objeto de numerosos trabajos en múltiples ámbitos de las ciencias sociales y ha venido a significar muchas cosas dependiendo de los intereses particulares de cada autor, perspectiva o disciplina. Más allá de las diferencias disciplinarias o de postura, lo que en general comparten estas perspectivas es un interés por entender la (re)configuración del poder a través del acercamiento a la relación estado-economía y estado-sociedad. La preocupación epistemológica compartida es entender cómo es que el estado está cambiando a la luz de este proyecto/filosofía política-económica global en la que los procesos políticos se redefinen a partir de los principios del libre mercado.

Dentro de la amplia gama de literatura sobre el tema, existen cuatro vertientes generales no excluyentes en las que se pueden agrupar estas perspectivas. Aunque no me limitaré únicamente a ella, haré referencia principalmente al estudio del neoliberalismo dentro del campo de la geografía, ya que ha contribuido de manera importante a los debates dentro de las ciencias sociales sobre el tema. La *primera* dimensión tiene que ver con un análisis temporal en el que el neoliberalismo se entiende como un proceso histórico coyuntural. El *segundo* enfoque toca el tema del neoliberalismo a partir del poder cambiante del estado, sobre todo a partir del ejercicio de su poder en términos espaciales. Esta segunda perspectiva habla de un reajuste espacial en las funciones del estado ya sea hacia escalas supranacionales o a entidades más locales. La *tercera* perspectiva tiende a enfocarse también en un reajuste del

poder del estado, pero no a partir de una dimensión estrictamente espacial, como es la segunda dimensión, sino un reajuste en términos de las funciones que le atañen al estado. Así esta tercera dimensión ha puesto su atención en las formas en que el estado está reconfigurando sus funciones frente al poder del mercado. El argumento principal es que bajo el neoliberalismo, la organización, regulación y gestión de la vida social, es decir, el poder primordial del estado está siendo subcontratada a empresas, individuos o bien a organizaciones privadas, dando como resultado un estado en retracción que está, perdiendo o redefiniendo funciones y por ende, para algunos autores, debilitándose frente a los poderes del mercado. Cabe destacar que dicha perspectiva ha sido cuestionada por autores que, más que hablar del debilitamiento, retracción o abandono del Estado frente a decisiones económicas y políticas de carácter público, postulan una nueva modalidad de la función política caracterizada por la intermediación entre el sector público y el privado, en algunos casos también como facilitador de la acumulación de capital (Hibou, 2013). Finalmente, la *cuarta* perspectiva pone más énfasis en la dimensión ideológica del neoliberalismo por medio del cual se constituye un imaginario del ciudadano como individuo emprendedor y empresarial, construyendo así al sujeto ciudadano como un sujeto neoliberal. Para propósitos del argumento que presento en este artículo, me centraré en los últimos dos enfoques al estar directamente vinculados con los puntos que quiero abordar sobre el espacio público y el comercio ambulante.

Partiendo de una postura que reconoce el cambio que ha vivido el Estado en términos del ejercicio de su poder a nivel espacio-territorial, la tercera perspectiva ha puesto énfasis en el balance de fuerza en la relación estado-economía. Esta perspectiva resalta la naturaleza cambiante entre el poder del estado y las fuerzas del mercado, analizando la transición de un estado de bienestar (Keynesiano) a un estado en creciente retracción de sus poderes frente a las fuerzas del mercado. Así el reajuste del estado en relación con el mercado alude a la disolución del estado

a partir de la subcontratación de sus facultades, poderes y responsabilidades a una diversidad de actores, organizaciones o instituciones que no forman parte de la estructura formal del estado, principalmente al sector privado. Mientras que para algunos autores este cambio en la relación estado-mercado ha sido caracterizada por una retracción del poder del estado, para otros ha sido una redefinición y reconfiguración del estado como poder facilitador de la lógica de mercado (Hibou, 2013). Es decir, no es que estamos viviendo la desaparición del estado, sino más bien lo que vemos es una redefinición de sus funciones y responsabilidades, proceso que el mismo estado siempre ha buscado y profundizado. Es decir, la idea del retroceso e incluso desaparición del Estado viene de una idea del poder político puro, aludiendo a un estado en su dimensión normativa-racional y no como un aparato empírico y concreto que aterriza en formas de poder presuntamente contradictorias, con intereses encontrados, actores en conflicto, y acciones institucionales muchas veces contrapuestas. Así, y como lo menciona Hibou (2013), más que partir del supuesto que el Estado, en su forma pura, está perdiendo peso político, sirve pensar en la recomposición o incluso descomposición del Estado como parte del proceso de la continua formación del Estado mismo. Es decir, es “darse la oportunidad de considerar como una nueva modalidad de producción de lo político las estrategias que parecen estar en retirada, en declinación, casi en descomposición” (17). Partir de una concepción del Estado en su forma empírica, como un *proceso* de construcción facilita estudiar el cambiante papel (primordial y activo) que sigue jugando en la vida pública-política de la sociedad. Por lo pronto, lo importante es entender que dentro de los cambios que se viven bajo el proyecto político-económico denominado neoliberalismo, muchos estudiosos argumentan que el proceso de gobernar una sociedad (a cualquier escala – nacional, estatal, municipal o urbano) ha cambiado. Los actores, instituciones e instrumentos de acción para el ejercicio del poder ya no se ubican únicamente en las manos del gobierno, sino que muchas responsabilidades se han transferido a esferas que están “fuera” de lo público.

La cuarta dimensión aborda el neoliberalismo desde un ángulo antropológico-cultural, valorando sus aspectos ideológicos. Partiendo en muchos casos de epistemologías posestructuralistas, esta rama de los estudios sobre el neoliberalismo reconoce la importancia de los cambios anteriormente mencionados, sin embargo se enfoca principalmente en los aspectos simbólicos, discursivos, ideológicos y morales que rigen con la misma fuerza la relación estado-mercado-sociedad. En efecto, para muchos (Larner, 2000; Giroux, 2004) entender el neoliberalismo no se hace únicamente a partir de un análisis de políticas públicas y el papel del estado frente a dichas políticas, sino también como una ideología que permea múltiples aspectos de la vida cotidiana, convirtiendo al neoliberalismo en un discurso que forma parte de y le da forma al “sentido común” (Keil, 2002), a un universalismo no pensado y dado por hecho, explicado por el “así son las cosas” o incluso por un discurso normativo basado en el “así deben ser las cosas” para salir adelante. Para Larner (2000), por ejemplo, el neoliberalismo es “tanto un discurso político sobre la naturaleza del gobernar como también una serie de prácticas que facilitan el proceso de gobernar individuos a distancia” (Larner, 2000:6). El concepto de discurso del cual se parte en estos análisis es aquel que reconoce que el discurso no es simplemente un ejercicio retórico creado y reproducido por estructuras hegemónicas de poder, sino que es un sistema de significados que constituyen instituciones, prácticas, e identidades y que crean realidades concretas e imaginarios materiales (Larner, 2000: 12). El estudio del neoliberalismo como proceso ideológico toma auge durante la época de Thatcher y Reagan, donde se reconoce el peso no únicamente de sus políticas económicas, sino también de su proyecto moral (Escalante, 2015: 119). Un proyecto donde el individuo es el eje central del progreso económico, pero un individuo con espíritu empresarial, caracterizado por la confianza en sí mismo, con autoestima, emprendedor y con capacidad de sacrificio (Escalante, 2015: 120). Un individuo que se ajusta al orden legal en su sentido estricto. Es decir, es

aquel individuo emprendedor tanto en términos económicos como también en su calidad política. En contraste con este individuo empresarial, está el aquel dependiente del estado de bienestar, sin espíritu emprendedor, con mentalidad asistencialista. O bien aquel individuo que su espíritu emprendedor se encuentra mal dirigido, mal posicionado o simplemente al margen de la ley. Es así como comienza a construirse de manera muy sutil una ideología de libertad individual y de un instinto emprendedor. La ideología neoliberal ha sido difusa pero ha tenido efectos importantes en el imaginario social a múltiples escalas. Como argumentan Evans y Sewell (2013):

*El imaginario social neoliberal alaba la mentalidad empresarial, de auto suficiencia y de individualismo profundo; equipara la búsqueda ilimitada del auto-interés y la satisfacción del consumidor con libertad humana; glorifica la acumulación individual de riqueza; identifica al voluntarismo como la forma adecuada de resolver los problemas sociales y asocia a los programas de gobierno con ineficiencia, corrupción e incompetencia. Este imaginario social tiene importantes efectos en la construcción de los objetivos y comportamientos individuales, haciendo que parezca una ideología "natural" (Evans y Sewell, 2013: 37-38).*

Más allá de los discursos que encasillan a ciertas prácticas o personas, dentro de un abanico limitado de juicios de valor basados en parámetros ideológicos liberales, el punto de esta perspectiva es reconocer la manera en que el neoliberalismo como ideología se va tejiendo a partir de prácticas cotidianas que son aparentemente mundanas, naturales y universales (Larner, 2003). Como bien dice Escalante (2015), el neoliberalismo se puede estudiar también como un "conjunto de ideas, valores [...] un "imaginario social": una manera de entender la vida cotidiana, los avatares del trabajo, las relaciones sociales, un modo de interpretar nuestras propias aspiraciones" (2015: 294). Es decir, un sentido común y un modus operandi que estructura nuestra vida cotidiana volviéndose la

manera “natural” de conducirnos como individuos y como sociedad. Dicha “naturalidad” limita el cuestionamiento de la ideología, haciendo de ella un instrumento político a veces sutil, pero efectivo. Para algunos autores, el poder de la ideología del neoliberalismo es que presenta los problemas sociales como problemas meramente técnicos, con soluciones también técnicas, escondiendo así las profundas bases ideológicas de las que se parte para definir el problema. Así, para muchos es importante entender las técnicas e instrumentos de gobernanza por medio de las cuales ciertas ideologías son construidas y constituidas. Prácticas como auditorías, estilo de contrataciones, indicadores de desempeño, estándares de comparación son, de acuerdo a Larner (2003) técnicas neoliberales de gobernanza que deben ser tomadas en serio para entender no únicamente como las políticas públicas han cambiado, sino también como se va construyendo el sujeto neoliberal dentro del imaginario colectivo.

Un elemento central en la construcción de ideologías e imaginarios que refuerzan este sujeto neoliberal es la esfera pública, entendiéndola en este contexto como los medios de comunicación. En este artículo me centraré principalmente en los periódicos de distribución nacional, aunque obviamente dichos imaginarios no se limitan a este medio. De hecho, las imágenes, videos y grabaciones que salen en la televisión, los noticieros y la radio juegan también un papel central en la creación de imaginarios que refuerzan una serie de valores sociales sobre realidades cotidianas urbanas como son el comercio ambulante y el espacio público.

## Cambio de léxico, cambio de ideología: de la calle al espacio público

*“Cuando pierdes todas tus posesiones y estás sin nada, te queda, sin embargo, la calle, ésa nadie puede quitártela [...] la calle es la expresión misma de la libertad”*  
(Hiriart, 2002)

Hace más de diez años, en su muy entretenido librito "Circo Callejero", Hugo Hiriart, hace una descripción, si bien quizás accidental, muy pertinente para lo que quiero compartir en este artículo. Hiriart (2002) nos narra el valor de la calle tanto en el léxico común, como también en la cotidianeidad de la vida en México. Nos recuerda que la calle es la expresión de la libertad: "Cuando perdemos todo, por lo menos nos queda la calle". Pero bien, no todos perdemos. O por lo menos no todos perdemos todo. O no de la misma manera. Así, la libertad que te da la calle frente a esa pérdida que describe Hiriart es aquella que vive esa colectividad pasiva o receptora, dependiente y con actitud asistencialista. No es, claro está, la clase política. Tampoco es la élite urbana y nacional. E incluso tampoco es la sociedad civil (Leal, 2014). La sociedad civil se apropia de las calles. El pueblo recae en ella para su sobrevivencia. La sociedad civil hace uso activo de la calle, como espacio de manifestación colectiva y de descontento. El pueblo es apropiado por la calle para darle visibilidad a la más turbia ingeniería de la miseria.

Hoy, la calle, como concepto que describe el escenario más aparatoso de las múltiples contradicciones de la vida pública, ha sido sustituida por la noción de espacio público. Uno podrá preguntarse, cuál es exactamente la diferencia entre un concepto y otro ¿A caso no es la calle un tipo de espacio público? Quizás. En su uso coloquial, podría confundirse por lo mismo. Pero lo que quiero argumentar aquí es que los dos conceptos, incluso en su uso cotidiano, y cuando aterrizan en descripciones concretas, tienen cargas morales distintas. La calle es el espacio del pueblo. Como lo describe elocuentemente Alejandra Leal, el concepto de pueblo pasó de ser un símbolo de colectividad nacional a ser un actor colectivo caduco, o bien "la antítesis de la sociedad civil" (2014: 443). En cambio el espacio público es aquel apropiado por la sociedad civil. El espacio público, como concepto, está entrelazado con otros conceptos como son la participación, la democracia, la sociedad civil, el estado, lo privado, los derechos, la justicia: conceptos que son centrales para analizar y entender

el ejercicio del poder en contextos específicos. El espacio público es una categoría moral, un modelo normativo que implica una serie de virtudes, una manera de entender la vida pública, una actitud frente a un problema. La calle también es una categoría moral, pero con una carga social distinta.

Dicha transición del uso de la noción de calle a espacio público ha sido una transformación gradual y no-accidental. Más bien, es una evolución que se da junto con, o más bien como resultado de importantes cambios en políticas públicas urbanas en la ciudad de México. Políticas de corte neoliberal vinculadas a un cambio en las formas de gobernar la ciudad, en relaciones particulares entre estado-sociedad-mercado que se caracteriza por una redistribución de responsabilidades del estado a la sociedad. A un tipo de sociedad, de colectividad.

En la ciudad de México, y en concreto, en la esfera pública, el tema del espacio público, como herramienta discursiva política comienza a entrar en la agenda pública (registrada en los periódicos), como objeto de discusión normativo aproximadamente en el año 2005. Específicamente con la llegada del metrobús. Anteriormente, son muy pocos los artículos que hablan del espacio público. Los referentes espaciales son la vía pública, la calle, las áreas verdes, el espacio urbano en general. Pero poco se centra en el espacio público. Cuando se hace referencia a tal concepto, se hace de manera casi casual, y siempre vinculada al valor cultural nacional. En el 2002, por ejemplo, se hace mención de la importancia de "reconquistar el espacio público con actividades tradicionales, manuales para darle contenido a la tradición y a la costumbre (Lagunas, 2002, El Universal). Asimismo, algunos textos periodísticos publicados antes del 2005, el espacio comienza a cobrar importancia como camino donde depositar la esperanza de un futuro urbano amable, recreativos y de cohesión social. Es el caso del 16 de Julio del 2000, en El Universal, donde se hace alusión a la posibilidad de ampliar el horario de las escuelas. La entonces secretaria de Desarrollo Social, Clara Jusidman precisa la importancia

de impulsar proyectos comunitarios “con el fin de que los habitantes de la comunidad puedan disfrutar de un espacio público de recreación y convivencia” (16 de Julio de 2000, sección DF).

A pesar de la casi nula mención de la noción de espacio público en los textos periodísticos, esto no quiere decir que el Gobierno de Distrito Federal no había ya comenzado a realizar importantes esfuerzos en materia de rehabilitación de lo que hoy entra parte de programas de “recuperación de espacio públicos”. El punto, y lo interesante es que dichos esfuerzos, como son la rehabilitación del Bosque de Chapultepec, del Parque México, del Parque la Hormiga, del Kiosko de Santa María la Ribera, y el más ambicioso, el Rescate del Centro Histórico, no se explican a partir de un lenguaje de espacios públicos, pero sí se hace alusión a una necesidad de reivindicar espacios emblemáticos para devolverle a la ciudadanía algo que carecía: una vida urbana digna. Bajo dicha dignidad cobra peso la importancia de la memoria, materializado en la idea de un patrimonio cultural perdido. Subyacente a dichos esfuerzos penetra la idea de crisis: crisis de espacios, crisis de la ciudad, y de la indudable necesidad de una intervención estatal. Pero no en referencia al espacio público, como sucede a partir del año 2005.

Uno de los aspectos que puede resultar sorprendente (o no) es que muchos de los esfuerzos en materia de espacio público surgen de gobiernos urbanos de partidos llamados de izquierda. En efecto, el rescate del centro histórico de la ciudad de México, como uno de los proyectos más ambiciosos por sus dimensiones sociales, económicas, culturales y estructurales, fue liderado por Andrés Manuel López Obrador, el entonces jefe de gobierno del DF, del llamado partido de izquierda, PRD. Incluso resultó sorprendente para muchos (expresado en los medios de comunicación) que López Obrador estableciera un vínculo tan estrecho con Carlos Slim para generar mayor confianza entre los inversionistas privados. El proyecto del rescate del Centro Histórico se llegó a denominar “Slim City” y llamaba la atención que la izquierda política mexicana

favoreciera convertir esta zona urbana en una “especie de isla de bonanza en un mar de pobreza” (Monge, 2003: 7). Sin embargo, como bien lo menciona Peck (2010b), el neoliberalismo, como proyecto político-económico (y también ideológico), rebasa las fronteras políticas del izquierdismo-derechismo. Según Peck, el estado neoliberal tiene la característica de ser ambidiestro, se maneja y moviliza discursos que alimentan una relación muy particular entre sociedad-estado, que supera las tanto en la izquierda como en la derecha. Incluso, para Wacquant (2009), hoy en día tanto la izquierda como la derecha trabajan de manera funcional y organizacionalmente complementaria, para así crear nuevas formas de gobernabilidad activa y punitiva en el contexto del orden contradictorio que es el capitalismo desregulado. Este proyecto no es simplemente un proyecto neoconservador, sino un proyecto neoliberal que es defendido no únicamente por la política del centro-izquierda como también de la derecha (Peck, 2010b: 105).

En el caso concreto de la ciudad de México, el 2005 marca un momento importante en el uso político-público del concepto de espacio público. Incluso, en el 2003, con la visita del ex-alcalde Rudolf Giuliani, como consultor externo contratado por el GDF para brindar medidas para incrementar la seguridad en las calles de la ciudad de México, el espacio público, permanece lacónico en el discurso político. No es sino hasta el 2005, con la participación de varias autoridades del DF (Encinas, Ebrard y el mismo López Obrador) en el Foro Internacional del Espacio Público, celebrado en Bogotá, que el espacio público comienza a adquirir valor propio en el discurso político. Esto tampoco es casual. Desde el 2003, el GDF, junto con el Banco Mundial comienza a planear el nuevo modo de transporte colectivo (hoy conocido como metrobús) basado en las experiencias “ejemplares” de los casos de Bogotá, y Curitiba. Lo interesante, al ver las memorias de dicho foro, es que el espacio público adquiere un valor económico reconocido y explícito.

Simplemente hay que dar un ligero esbozo a las presentaciones en dicho Foro para darse cuenta que el mensaje de aquel evento es que el espacio público material-

za la nueva esperanza de competitividad urbana. Títulos como “La visión empresarial del espacio público en Bogotá” o El aprovechamiento económico del espacio público en las grandes ciudades o Gestión Económica del espacio público” (Foro internacional, 2005) son solamente algunos ejemplos del tipo de vínculo que se comienza a gestar en el discurso político entre el espacio público y la economía urbana. Alejandro Encinas, el entonces secretario de gobierno del DF regresa de dicho Foro y el concepto de espacio público entra en la agenda pública. El número de artículos periodísticos sobre el espacio público en la ciudad de México se multiplican. Titulares como: “El espacio público está en crisis”, “la degradación del espacio público “Hay que rescatar y recuperar los espacios públicos y la imagen urbana”, La invasión privada del espacio público”. Queda claro que el espacio público, sea lo que sea, en el 2005 estaba en crisis.

La pregunta entonces es, ¿quiénes eran los culpables de dicha crisis? Y ¿qué tiene que ver el espacio público con el neoliberalismo? Uno de los rasgos centrales del neoliberalismo, como bien lo comenta Escalante (2015) es la exaltación del individualismo, que implica a su vez la erosión o degradación del sujeto colectivo social. Pero más que la abolición del sujeto colectivo, lo que noto es que existen ciertas nociones de colectividad que son más valorados que otros. En efecto, existen colectividades que son un engaño, una mafia. Son así, por ejemplo los comerciantes ambulantes, los franeleros, incluso los sindicatos, los gremios organizados dentro del sector popular. Estas formas de colectividad van acompañadas de un lenguaje de descrédito social vinculado a una moral pública basada en la legalidad/ilegalidad, la racionalidad/irracionalidad y el mérito individual y emprendedor. Este descrédito se produce en parte a través de la utilización de adjetivos explícitamente descalificativos, como son “caos” “violentos” “agresivos” “abusivos” y demás. Pero también se logra a partir de la construcción de historias más benévolas sobre, por ejemplo, el comercio en la calle. Así lo refleja un artículo titulado “La vida en la Calle”, publicado en el 2001 en El Universal. El mensaje deja entredicho dos puntos

cruciales: por un lado, que la vida en la calle no es fácil. El ambulante tiene que ajustarse a las reglas del juego, de la calle. Dichas reglas implican una relación particular con los líderes de ambulantes, con las autoridades delegacionales y con los granaderos. Por otro lado, los códigos cotidianos del comerciante ambulante tienen un tinte de ferocidad (“el que no grita, no vende”) que son difíciles de erradicar y también de comprender en su totalidad. Las calles se regulan con aguadores que avisan y vigilan. Las calles son también espacios de simulación, donde existe el permanente juego del gato-rato entre el comerciante y las autoridades. Todo es “pura apariencia... [Las autoridades] pasan lentamente por la calle, lanzan miradas amenazadoras, nos tienen ubicados pero no ocurre nada. Nada de nada. Todos con mercancías, refugiados en el callejón, como si nos dividiera una frontera invisible”, dice un vendedor ambulante (19, noviembre, 2001).

Las calles son violentas, son inseguras, son sucias y desordenadas. Así, las páginas de los periódicos, al hacer referencia a la calle, desde 1999 hasta el 2010 las describe. En esta llamada crisis, una de las problemáticas más latentes y más fáciles de ubicar ha sido la del comercio en la calle. Sobre todo la del comerciante, como individuo que ejerce, con libertad abusiva, su poder privado sobre lo público. El ambulante “extorsiona a las autoridades”, “agrede a los ciudadanos”. Pero sobre todo, su quasi-salvajismo lo lleva a agredirse entre ellos. La calle es un “campo de batalla” entre intereses de ambulantes. Calles caracterizadas por “disputas, peleas y grescas” entre comerciantes (Alcántara y Cano, 1999, El Universal).

Lo que marca dichas descripciones es una crisis de lo público, materializado en la vida de la calle. La contradicción entre la llamada crisis del espacio público y su uso discursivo también como la salida y solución a dicha crisis es una contradicción entre, por un lado una idea normativa del espacio público – entrelazado con un modelo deseable de ciudad y ciudadanía – y la vida cotidiana que rige las reglas del juego en la calle. El espacio público que está en crisis, es aquel que se vive diariamente en la calle. El espa-

cio público que puede sacarnos de dicha crisis es uno que se deposita en el ámbito del deber ser y de lo deseable, un ámbito profundamente moral. Para Heller (1989) las características que adquiere las relaciones que establecen los individuos con las normas y reglas (de conducta) necesariamente nos hablan de una dimensión de lo público-privado perteneciente al ámbito de la moral. La relación público-privado, en el plano de la filosofía política es un concepto normativo que al ser aterrizado en fenómenos concretos, como puede ser la construcción del espacio público urbano, adquiere tintes morales, propios de la postura normativa del concepto. Bien lo dice Rabotnikof (1995: 15): uno de los problemas de la noción de lo público y en concreto el espacio público, como concepto normativo, es que “está inscrito en una ‘red’ que lo relaciona con las ideas de opinión y voluntad colectivas, de representación y discusión, de comunidad y autonomía, de ciudadanía, de legitimidad, con una imagen de racionalidad (51).

Aunque parece trivial, las palabras que usamos para describir espacios, acciones, personas importa. Difícilmente un lector puede desarrollar empatía frente a acciones mafiosas, de extorsión, prácticas violentas. Llamar a los comerciantes y sus formas de actuar en las calles violentas significa crear cierta distancia con respecto a su realidad, a su cotidianeidad. Frente a un “campo de batalla”, resultado de grescas entre ambulantes, ¿quién podría formar un juicio empático? Al contrario, cualquier lector seguramente querrá salir corriendo. Sobre el comerciante ambulante como una forma de colectividad en las calles de la ciudad de México se afirma una ansiedad social traducida en una moral pública (Leal, 2016). El comerciante de la calle se volvió, una vez más, el chivo expiatorio de una moral pública no compatible con un modelo económico-político neoliberal basado en el desmantelamiento y privatización de los bienes públicos, la desregulación de los mercados, la supuesta eficiencia del sector privado, la individualización de la desigualdad y la pobreza. Más aún, el comerciante ambulante resultó ser sujeto de una angustia social que se traduce en nociones de (in)seguridad y violencia. En el

imaginario urbano, el ambulante es fuente de la inseguridad vivida en las calles de la ciudad. Por eso, necesitamos espacios públicos, rescatados. En efecto, la acción pública tiene el deber de “devolver, rescatar, rehabilitar y ayudar a renacer” la descomposición de estos espacios (Lagunas, 2003, El Universal)

Hay otras colectividades más abstractas, que juegan en nuestro imaginario, las del ciudadano amable, participativo, democrático. Una colectividad amorfa, aterrizada en concepciones como familias, vecinos, ciclistas, discapacitados, niños. Todos aquellos ciudadanos a los que se les ha privado el derecho de recibir lo que merecen como ciudadanos legítimos de una sociedad, una ciudad. Hay colectividades que son merecedoras de lo público. Los ciudadanos, por ejemplo, tiene que “apropiarse de los espacios públicos de la ciudad” (Cervantes, 2007, El Universal). Mientras que mientras que otras colectividades son abusadores de dicho bien, porque también se apropian del espacio, pero a costa del orden público, para beneficio privado. Es así que hay formas de apropiación, por parte de los comerciantes ambulantes, que no son confiables ni merecedores. Hay que retirarlos, desalojarlos, o bien reubicarlos.

Uno de los rasgos centrales del neoliberalismo, como bien lo comenta Escalante (2015) es la exaltación del individualismo, que implica a su vez la erosión o degradación del sujeto colectivo social. Pero más que la abolición total del sujeto colectivo, lo que se proyecta es la articulación de diferentes tipos de colectividades, algunas más valoradas en el discurso político que otras. En efecto, existen colectividades que son un engaño, una mafia. Son así, por ejemplo los comerciantes ambulantes, los franeleros, incluso los sindicatos, los gremios organizados dentro del sector popular. Estas formas de colectividad van acompañadas de un lenguaje de descrédito social vinculado a una moral pública basada en la legalidad, la racionalidad y el mérito individual y emprendedor.

A esta distinción entre colectividades también se le agrega una dimensión espacial que vale la pena subrayar.

Al concepto de espacio público se le adjudica un conjunto de significados que son casi siempre deseables y positivos. Cuando no lo son, es porque algo hace falta. El espacio público, tiene dos connotaciones en la esfera pública. La primera se refiere a un espacio concreto o abierto, como puede ser un parque, una plaza o jardín. La segunda es una valoración normativa del espacio público para acentuar la dimensión de lo deseable en la vida urbana cotidiana. Es una especie de idioma utópico. El vocabulario de espacio público sirve para indicar la formación de una idea de lo que debe ser lo público y por ende lo urbano. Sobre todo porque no nos dice mucho. El espacio público es una categoría moral, un modelo normativo que implica una serie de virtudes, una manera de entender la vida pública, una actitud frente a un problema. Así lo expresa la Dra. Alejandra Moreno Toscano, la entonces directora de la Autoridad del Centro Histórico: “repensar el Centro Histórico nos obliga a repensar nuestro papel como gente que vive espacios públicos, que no es sólo la vialidad, es también donde te expresas, das tus puntos de vista, es el lugar, por excelencia, de la ciudad” (Martínez y Cancino, 2007, El universal). El espacio público sirve para afirmar un conjunto de valores sociales. Valores que tienen que ver con la vida colectiva deseable, “la gente” versus una colectividad indeseable, privada y menos merecedora. Este lenguaje de colectividades viene estrechamente ligadas a formas de describir el espacio urbano.

## Reflexiones Finales

Evidentemente hablar de la transformación del espacio público es necesariamente un problema político. En el momento en que se construyen imaginarios sobre un ideal de ciudad a través de ideas normativas de sus espacios públicos, hay prácticas y personas que quedan dentro y otras que quedan fuera de dichos imaginarios. Es por eso que las políticas de transformación del espacio público son inherentemente un problema político. Sin embargo, dicha

política se resguarda bajo el escudo de lo técnico, como un proceso neutral y apolítico. Y esto tiene un lenguaje, un vocabulario, una arquitectura discursiva. El espacio público es un término que se le ha adjudicado una especie de fantasía de objetividad, al ser definido como no-político. A diferencia de la calle, los espacios públicos son espacios con potencial de socialización; de un tipo particular de socialización, dominada por el entretenimiento, el consumo (Duahu y Giglia, 2016), y lo lúdico. En efecto, retomando la idea de Peck (2005: 760), se busca potencializar la vida semi-colectiva a partir de políticas urbanas “de capuchino”. La discusión en torno a dichos espacios y proyectos se concentra en problemáticas de diseño: dónde poner los banquitos de colores, dónde colocar los meses, qué tipo de mesas elegir, qué plantas van *ad hoc* con el ambiente. En fin. Para las autoridades del gobierno de la ciudad de México, el espacio público es un problema técnico, perteneciente a la rama de los diseñadores, los arquitectos, ingenieros y otros “expertos” que se dotan de la habilidad de imaginar espacios seguros, amables, fiables, limpios, ordenados, espacios predecibles y que generan cierta certidumbre.

Pero reducir los problemas públicos y políticos a la infraestructura física, es hacer de lo político un problema técnico. Porque es más fácil hablar de la iluminación, de banquetas, fuentes y juegos de niños, que hablar de pobreza, de condición de calle, del comercio ambulante, de mendicidad, y de desempleo, por mencionar algunos problemas visibles en los espacios públicos. Es menos problemático políticamente, aludir al problema de diseño que a un problema de clase. El espacio público, se utiliza como concepto neutral y apolítico. La calle no.

Detrás de la justificación de dicha tecnificación se pierde de vista o simplemente se ignora si los proyectos de transformación de los espacios públicos se hacen con criterios de justicia. Más allá de criterios de ingeniería corporal y de diseño, cabe preguntarse si estas políticas de transformación del espacio público urbano se basan en razonamientos de justicia. Las pocas veces que se remi-

te a la justicia, se hace a través del uso de un lenguaje irrefutable, pero vacío. Conceptos como sustentabilidad, la movilidad urbana, ciudades seguras, cohesión social, el derecho a la ciudad, espacios públicos incluyentes, son todas construcciones sociales que tienen un enorme peso político precisamente porque juegan un papel central en la producción de imaginarios de lo que es justo en la ciudad, lo que es deseable. Pero son conceptos vacíos. Atractivos y difíciles de cuestionar, pero vacantes de un valor social concreto. Eso, sin contenido. Y el espacio público urbano se ha convertido en medio para lograr ese fin vacío. Porque el espacio público es lo visible. Lo podemos ver, le podemos sacar fotos y ponerlo en los folletos de mejoramiento de la imagen urbana. Porque el espacio público es la fachada de lo público. Y lo público, bajo el modelo neoliberal, indudablemente está en crisis. Es por eso que propongo pensar en lo público como la interrelación entre lo que normativamente se construye como deseable y lo que se vive en la vida cotidiana. Lo público así remite a conflictos, a definiciones encontradas, a problemas de inclusión y exclusión, a transgresiones, a procesos de resistencia y negociación. Lo público es así un asunto político. Pensar en un espacio urbano con criterios de justicia se empieza reconociendo el valor eminentemente político que tiene el espacio público, tanto a nivel discursivo, como también en la materialización de la vida cotidiana. Dicho reconocimiento puede ser un primer paso desnaturalizar la injusticia, reconociendo las estructuras de poder (político, económico y simbólico) que le dan forma, lo crean. Esto puede abrir importantes espacios para comenzar a pensar en formas distintas de pensar lo político.

En esta llamada crisis de espacio público, una de las problemáticas más latentes y más fáciles de ubicar ha sido la del comercio en la calle. Sobre todo la del comerciante, como individuo que ejerce, con libertad abusiva, su poder privado sobre lo público. Sobre el comerciante ambulante en los espacios públicos del centro histórico se afirma una ansiedad social traducida en una moral pública (Leal, 2016). El comerciante de la calle se volvió, una vez más,

el chivo expiatorio de una moral pública naciente que no era compatible con un modelo económico-político neoliberal basado en el desmantelamiento y privatización de los bienes públicos, la desregulación de los mercados, la supuesta eficiencia del sector privado, la individualización de la desigualdad y la pobreza. Más aún, el comerciante ambulante resultó ser sujeto de una angustia social que se traduce en nociones de (in)seguridad y violencia. En el imaginario urbano, el ambulante es fuente de la inseguridad vivida en las calles de la ciudad. En sus espacios públicos.

## Bibliografía

Alcántara, L. y D. Cano, (1999) "Se pelean el Centro Histórico", *El Universal*, Sección Metrópoli. 13, diciembre, 1999.

Cervantes, A., (2007) "Recuperan 167 espacios públicos", *El Universal*, Sección Metrópoli. 28, abril, 2007.

Duhau, E. y A. Giglia, (2016) *Metrópolis, espacio public y consume*. México: Fondo de Cultura Económica.

Lagunas, I., (2002) "Rescatan del crimen al quiosco Morisco", *El Universal*, Sección Metrópoli, 16. Diciembre, 2002

Escalante, F., (2015) *Historia mínima de el neoliberalismo*. México: El Colegio de México.

Evans, P. y W. Sewell, (2013) "The Neoliberal era: Ideology, policy, and social effects". En Peter Hall y Michele Lamont, *Social Resilience in the Neo-Liberal Era*, Cambridge: Cambridge University Press.

Foro Internacional Espacio Público y Ciudad, (2005) *Memorias*. Colombia: Cámara de Comercio de Bogotá y Alcaldía Mayor de Bogotá D.C

Harvey, D., (2007) "Neoliberalism as creative destruction". *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 610 (1): 21-44.

Heller, Á., (1989) "Ética ciudadana y virtudes cívicas". En Heller, Ágnes y Fehér, Ferenc. *Políticas de la posmodernidad: ensayos de crítica cultural*. Barcelona: Ediciones Península: 215-231.

Hibou, B., (2013) *De la privatización de las economías a la privatización de los estados: Análisis de la formación continua del Estado*. México: Fondo de Cultura Económica (Umbrales).

Hiriart, H., (2002) *Circo Callejero*. México: Ediciones Era. (2002)umentar es que urso poltividades, algunas masesota University Presso pscurso, intereses y por supuestos en tanizaciones

Keil, Roger, (2002) "Common-Sense" Neoliberalism: Progressive conservative urbanism in Toronto, Canada". *Antipode* 34, 3: 578-601.

Lagunas, I., (2003) *Proyectan nueva cara para la Zona Rosa*. El Universal, Sección Metrópoli, 20 de febrero, 2003.

Larner, W., (2000) "Neoliberalism: policy, ideology, governmentality". *Studies in Political Economy* 63: 5-25.

Larner, W., (2003) "Neoliberalism: Guest Editorial". *Environment and Planning D: Society and Space* 21: 509 – 512.

Giroux, H., (2005) "The Terror of Neoliberalism: Rethinking the Significance of Cultural Politics." *College Literature*, vol. 32 núm. 1, 2005, pp. 1-19.

Leal, A., (2014) "De pueblo a sociedad civil: el discurso político después del sismo de 1985", *Revista Mexicana de Sociología*, (76)3: 441-469.

Leal, A., (2016) "You cannot be here": The urban poor and the specter of the indian in neoliberal Mexico City", *Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, 21(3):539-559.

Martínez, A. y F. Cancino, (2007) "No hay solución fácil, el centro es un patrimonio vivo", *El Universal*, Sección Metrópoli, 11, enero, 2007.

Monge, R., (2003) "La apropiación del Centro Histórico", *Revista Proceso*, 1405 (5 de octubre).

Peck, J., (2005) "Struggling with the creative class", *International Journal of Urban and Regional Research*, 29 (4): 740-770.

Peck, J., (2010a) *Constructions of neoliberal reason*. Oxford: Oxford University Press.

Peck, J., (2010b) "Zombie neoliberalism and the ambidextrous state", *Theoretical Criminology*, 14 (1): 104-110

Peck, J. y A. Tickell, (2002), "Neoliberalizing Space", *Antipode*, 34(3): 380-404.

Purcell, M., (2008) *Recapturing Democracy: Neoliberalization and the struggle for alternative urban futures*. New York: Routledge.

Rabotnikof, N., (1995) "El espacio público: variaciones en torno a un concepto". En Nora Rabotnikof, Ambrosio Velasco y Corina Yturbe (coords) *La tenacidad de la política*. Universidad Nacional Autónoma de México: México: 49-68.

Wacquant, L., (2009) *Punishing the poor: The neoliberal government of insecurity*. Durham, NC: Duke University Press.

Fecha de recepción: 8 de febrero de 2017  
Fecha de aceptación: 21 de marzo de 2017